

podría llamar subjetivista e idealista, respectivamente. Ahora bien: ¿qué conexión tiene la realidad que llamamos vida con valores y felicidad? La relación parece que se construye desde el momento en que *apreciamos* la felicidad, y por consiguiente daremos sentido a la vida cuando tengamos un justo esquema de valores. Esto quiere decir que la vida se realiza según la felicidad ideal o la felicidad subjetiva. Se plantea, pues, aquí una disyuntiva, que en cierto modo es radical. O el proceso vital auto-realiza el sistema de valores, dando en cada caso apreciaciones distintas, o existen valores permanentes indestructibles, a los cuales hay que referir la supuesta felicidad. De una auténtica adecuación o inadecuación a los elementos reales del problema surge sin duda el ajuste o desajuste colectivo e individual; desde muy antiguo las religiones han intentado resolver el problema de la relación entre vida, valor y felicidad, acoplando rigurosamente los dos criterios, el subjetivo y el idealista. En este sentido la religión cristiana y la fe cristiana ofrecen una mejor adecuación y relación más perfecta. La felicidad sólo es asequible en la medida en que los valores se apoyen en una divinidad que sea el sumun y expresión total de todos ellos y fuente de su vigencia y eficacia.—E. T. G.

ARNETT (Willard E.): *Santayana and the Poetic Function of Religion*, en «The Journal of Philosophy», vol. LIII, número 24, noviembre 22, 1956 (páginas 773-786).

Los puntos de vista de Jorge Santayana sobre la religión o han sido por completo olvidados o bien se consideraron con mucha severidad por teólogos y ensayistas religiosos e incluso por los filósofos laicos. Tiene interés considerar el tema que intentamos exponer en este artículo, considerando la situación religiosa del mundo de hoy. Santayana ha insistido y se ha formulado preguntas fundamentales sobre los tipos básicos de la religiosidad. Precisamente por esto, su actitud tiene mucho interés en cuanto designa una de las perspectivas desde la que el hombre contemporáneo considera el problema religioso. Frente a los tradicionalistas en cuestiones de religión que consideran que todo pasado fué mejor y los innovadores liberales, cabe

distinguir la actitud de Santayana, que no se identifica ni se siente siquiera atraído por ninguno de esos dos grupos. El fondo de la cuestión, como veremos, está en que Santayana no distingue con suficiente cuidado, según sus críticos, entre razón e imaginación, pensamiento y fantasía, poesía y filosofía.

Santayana concibe la religión como producida por la relación de la psique específica humana con su contorno. La experiencia—dice Santayana—prueba que no se ha podido probar la existencia de Dios, pero al mismo tiempo demuestra la persistencia de la idea de Dios. Partiendo de este supuesto, Santayana ve la vida de la religión como la vida de sus símbolos e ideales en cuanto constituyen parte fundamental de una cultura. A su vez, la cultura es el proceso de las relaciones con el medio. Estos símbolos e ideales no están sustantivamente diferenciados de la poesía. En el fondo, son formas en las que se expresa de un modo vital lo espontáneo o imaginativo. El contenido del mundo imaginativo religioso puede reducirse, según Santayana, a la atribución a la Divinidad de lo que consideramos nuestros más altos ideales. Algo semejante o parecido ocurre de ordinario con la poesía. De aquí que el poeta tenga siempre un cierto carácter religioso, y lo mismo le ocurra, aunque a la inversa, al sacerdote que maneja conceptos poéticos. La base emotiva es la que se trasluce en las expresiones simbólicas, y junto con esta base emotiva están las esperanzas recogidas en nuestras pretensiones y anhelos respecto del futuro. De todo esto, concluye Santayana que el ideal religioso cristiano, con su profundo significado poético, no puede ser jamás la guía de la vida secular y social del hombre. Precisamente la poesía no puede ser guía de la vida, y para Santayana la mejor definición de religión sería esta: «La poesía conduciendo a la vida.»—E. T. G.

BATTAGLIA (F.): *E' possibile una metafisica?*, en «Giornale di Metafisica», XI, 1956, 4-6, págs. 481-507.

La obra de Battaglia representa—como es sabido—una de las más meditadas tentativas de profundización en la problemática del historicismo contemporáneo, dentro del cuadro de un espiritualismo crítico, y éste escrito muestra